

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 304

50 Cts.



**UN
DON JUAN**

FOR
Lya de Putti,
Joseph Schildkraut,
etc.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 304

UN DON JUAN

Preciosa producción cinematográfica interpretada
por los célebres artistas LYA DE PUTTI, JOSÉ
SCHILDKRAUT, ROBERT EDESON, Charles Jen-
sen, Eulalia Jensen, William Blakewell, etc.

Selecciones Pro-Dis-Co

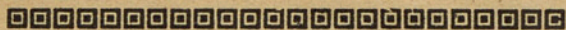
Exclusiva de

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BEN LYON



UN DON JUAN

Argumento de la película

En las fértiles llanuras de Hungría, los numerosos proverbios de los poetas magiares vuelan de boca en boca... Uno de ellos, aplicable a la presente historia, dice así: Conviene pensar dos veces antes de abrir una puerta cerrada.

Ana Karena, una hermosa muchacha que se encontraba una temporada en Budapest en casa de una cercana parienta, se olvidó un día de aquel importante consejo.

Ana era hija de un labrador, propietario de unas tierras no muy alejadas de la capital húngara. Su estancia en Budapest había refinado su figura, uniendo a su belleza fresca y sana de campesina la nota de distinción de las mujeres que han vivido en la ciudad.

Su encantadora juventud no podía deslizarse solitaria, sin la compañía agradable del amor. Ana se había enamorado de un elegante mozo de la capital, Eric Kardos, un joven de sonrisa irresistible y de seductora conversación.

Llevaban unos meses de novios. Para Ana, Eric significaba el primer amor, la primera emoción sentimental que pasaba por su alma. En cambio no era ella para Eric otra cosa que un pasatiempo ligero, del que se libraría sin el menor esfuerzo.

Una mañana Ana Karena recibió carta de su padre. Le ordenaba que regresase pronto, pues había sido elegida reina de la fiesta que anualmente se celebra en Septiembre.

La muchacha palmoteó de júbilo. Evocó las maravillas de aquella fiesta antigua y tradicional y el entusiasmo con que siempre era acogida la muchacha escogida para reina.

—¡Qué alegría! — se dijo—. Iré por unos días a casa y luego volveré a Budapest... Siento que Eric no pueda acompañarme... ¿Mas por qué no? Voy a proponérselo... quiero que presencie también la fiesta...

Y corrió a casa de su novio, hombre rico que gustaba de pasar la vida en las simpáticas mallas de la frivolidad.

Subió Ana tranquilamente hacia el piso de Eric y llegó a la puerta. Fué en aquel instante cuando olvidó el famoso refrán de su país, lleno de la experiencia de las cosas largamente vividas.

No pensó en la trascendencia que iba a tener su acto, y decidida empujó la puerta bajo su mano enguantada.

¡Nunca lo hubiese hecho! Un espectáculo imprevisto se presentó ante sus ojos, haciéndola retroceder con miedo.

¡El, Eric, estaba con una mujer y la acariciaba!... ¡Ah, el miserable!

Al verla entrar, Eric dejando la copa de champaña que tenía en la mano, corrió al encuentro de Ana.

La mujer que le acompañaba miró despectivamente a esa intrusa inoportuna. ¿Por qué venía a interrumpirles?

Eric empujando a Ana la obligó a salir de la habitación, y ya los dos en el corredor, le dijo, con precipitación:

—Perdóname, Ana... No soy digno de ti... No he sabido comprenderte...

Ella respondió altivamente, ofendida por el desdén:

—¡No podía suponer de ti eso!... Me has ocasionado un gran disgusto, un gran dolor... ¡Qué asco me das!... ¡Y yo había creído en ti!... ¡No volverás a verme!...

—Mi conducta merece una explicación, Ana... Esa mujer ha venido a verme... para unos asuntos de teatro, y yo...

—¡Oh, no te excuses! —dijo ella riendo—. ¡Anda, no la hagas esperar!... ¡No debe dejarse sola a una invitada!... ¡Adiós!

Y descendió rápidamente las escaleras, queriendo ocultar la emoción que la embargaba.

El la gritó con desconsuelo:

—Soy indigno de ti, Ana, lo confieso. Pero no olvides que yo te sigo queriendo mucho...

Ella no le oía ya... Había salido a la calle... Acababa de sufrir el primero y gran desengaño de su existencia... Pero con una voluntad poderosa quería olvidar al ingrato... ¡Sí... sí... marcharía aquel mismo día de la capital para ir a su tierra y no regresar nunca!

Eric había quedado un instante sorprendido por la llegada de Ana... ¡Era una contrariedad perder a aquella muchacha bonita!... ¡Tal vez era la única mujer que con su belleza suave, rubia, había cautivado su corazón!... ¡Un ensueño que se desvanecía!... Mas con la repentina facilidad con que olvidan algunos hombres, Eric quiso borrar de su imaginación el recuerdo de su novia... Y volvió a su cuarto donde le esperaba la otra, una corista de cierto Teatro que constituía ahora el último capricho del mozo.

Ana salió aquella misma tarde para su tierra.

Tan vieja como la antigua fiesta griega de Baco, es la fiesta anual que celebran los húngaros con el nombre de "El pisoteo de la uva".

Ana Karena había sido elegida reina de la comarca. Y la cabalgata, el magnífico desfile tendría lugar en el castillo de Carti, una posesión cercana a las tierras que tenía el padre de la joven.

Era el propietario de aquel castillo, Franz, conde de Carti, una especie de señor feudal de algunas leguas a la redonda, un solterón

cuya muerte deseaban sus propios hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas, pues todos esperaban heredarle.



Era el propietario de aquel castillo, Franz, conde de Carti...

Se consideraba el amo y señor de las tierras y casas de labranza que se alzaban en los contornos. Muchas veces, con un orgullo pueril, Franz en las comidas opíparas que cele-

braba con sus familiares alzaba una preciosa copa y brindaba a los retratos antiguos que pendían de los muros del negro comedor.

—Brindo por vosotros, mis queridos antepasados, que me legasteis nuestro lema heráldico: "Nuestro deseo es nuestra ley".

En los tiempos antiguos el jefe de la tribu era el rey de la fiesta de otoño; en la actualidad lo era el dueño del castillo.

Recibiría el homenaje de todos los súbditos que acataban voluntariamente sus caprichos.

Una tarde de domingo dió principio a la magnífica fiesta. Inicióse una lujosa cabalgata, en que se transportaban enormes jarras de vino claro y negro.

La comitiva iba precedida de heraldos que arrogantes alzaban hacia el cielo azul sus doradas trompetas. La presidía la reina de la fiesta, Ana Karena, vestida admirablemente con antiguo traje de campesina magiar.

Ana llevaba en la mano una copa de brillantes con la que tenía que ofrendar vino al conde de Carti, el rey de la fiesta.

Cuando llegó al patio del castillo, mientras era aclamada por la multitud, Ana con la copa

en la mano esperó la llegada del Conde. Era tradicional que el señor se acercara a la reina y bebiera el fuerte vino del país.

Pero esta vez, un mayordomo del Conde, vestido también a la usanza vieja, acercándose ceremoniosamente a Ana le dijo:

—El rey espera su copa. Llevádsela en seguida...

Ana palideció...

—Pero... ¿no viene aquí?

—No... Quiere que entréis vos en palacio... desea hablaros a solas...

El padre de Ana, que presenciaba la ceremonia confundido entre los campesinos, acercóse a su hija.

—No vayas, Ana — murmuró—; me da miedo el Conde.

El labrador recordaba que, en épocas antiguas, estas fiestas habían terminado de modo bien amargo. El dueño del castillo convertía en esclava a la mujer a quien la suerte había designado por reina, y después de haber saciado su capricho de amor, la abandonaba sin acordarse más de su existencia.

Y el actual conde de Carti era hombre sol-

tero del que se contaban también algunas hazañas no muy honradas de amor...

Ana intentó calmarle:

—Padre, no se apure y no tema... ¡El conde Franz ha sido siempre bueno para nosotros!

Y con la sonrisa de bondad y seducción que por doquiera esparcía, llenando la copa hasta los bordes, Ana se dirigió a la puerta del castillo.

Ante ella aguardaban ahora el conde y sus familiares que vivían en el palacio. Eran éstos: Lazlo, el hermano menor del conde Franz; no había un solo prestamista en Budapest que no le conociese como el presunto heredero del castillo de Carti. Antonia, mujer de Lazlo, que esperaba impaciente el día en que sería heredera del castillo. Víctor, un sobrino del conde, que había sido compañero de juegos de niñez de Ana; y Juan, un primo lejano del señor.

Al ver acercarse a Ana con la ofrenda hermosa del vino, Antonia murmuró al oído de su marido:

—No me gusta esta campesina que han ele-

gido reina de la fiesta, pero Franz la admira mucho y dicen que se quiere casar con ella...

—¡Qué tontería! Franz las admira a todas



... le brindaba la copa.

y no se queda con ninguna — respondió Lazlo.

Ana había llegado hasta el conde y en silencio le brindaba la copa.

—Muchas gracias, reina — le dijo Franz—. Pero quiero beber este vino bajo los muros de mi palacio...

Ella se inclinó entrando decidida tras el conde hacia el interior del lujoso castillo.

Los familiares de Franz esperaron discretamente a la puerta... ¿Qué tendría que hablar el conde con la campesina?

Y entretanto, en el patio del castillo las fiestas comenzaban a adquirir un esplendor brillante. Se oían músicas, y las jarras de vino iban vaciándose a medida que se llenaba el cerebro del zumo sagrado.

Franz y Ana llegaron a uno de los salones del palacio. Era una estancia magnífica, de muebles negros y severos.

La campesina temblaba al verse a solas con el poderoso dueño de ese castillo feudal.

Franz, hombre ya maduro, la contempló con ojos tiernos... Conocía desde que la viera nacer a esa campesina... Le parecía imposible que aquella niñita graciosa de los primeros años, se hubiese convertido en esa criatura rubia, de talle esbelto, que parecía hecha para el amor.

Se sentía enamorado de ella... Ya en el último invierno había visto muchas veces turbado su sueño por el recuerdo de la humilde

criatura cuyo padre poseía apenas unos terrenos fértiles... La amaba, no podía librarse de su influencia.

Cuando ella marchó a Budapest, había sentido con mayor desesperación la necesidad de su compañía. Y al acercarse la fiesta de otoño consiguió que Ana fuera nombrada reina.

—Ana — le dijo—. En premio a tu realeza quiero que me des un beso...

Ella, como una corza asustada, bajó la cabeza...

—Un beso... sí... porque te necesito... porque te quiero... y te he hecho venir de Budapest porque me es imposible vivir sin ti...

Sus ojos brillaban, en sus manos un extraño temblor ponía palpitaciones nerviosas.

—¡Oh, señor conde!...

Pero él no la oía ya, pretendiendo acercarle sus labios, hundirlos en la boca fresca, llena de mieles campesinas, de la doncella.

Sintiendo cerca de ella los labios glotones, Ana pudo escapar y exclamó, contemplando los retratos antiguos que presidían con su serenidad augusta el salón:

—Vuestros antepasados ganaron las causas por valor. Jamás atacaron al desvalido...

El conde pareció cambiar súbitamente de expresión como si se avergonzara de su primer impulso y le dieran miedo los ojos de aquellos retratos que se clavaban sobre él.

—Chiquilla, no me has entendido — dijo—. Lo que te propongo es algo que te conviene... ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Usted... el conde Franz... conmigo... una campesina?

Y abría los ojos extraordinariamente como si no acertara a comprender aquella extraña unión.

—Si te casas conmigo, sólo pensaré en hacerte feliz y también lo será tu padre — le explicó el conde—. Piénsalo bien, Ana... Te amo, y quiero que seas mi mujer legítima... ¿Qué dices a eso, Ana? Serás inmensamente rica, tu padre gozará también de una buena fortuna... te verás encumbrada sobre todas las mujeres...

Pensamientos tortuosos ensombrecieron el cerebro de Ana... ¿Qué hacer?... Ella era una campesina humilde, y su padre debía

trabajar largas horas para ganar un mal jornal... Y aquel aristócrata, aquel señor que establecía su dominación de rey absoluto, le brindaba el título honrado de esposa... ¡Luego se acordó del otro, Eric Kardos, el infame! ¿Qué mejor venganza para ella que casarse rápidamente con un personaje así, y olvidar al estúpido mozuelo que la había burlado?...

—Acepto... — dijo decidida—. Y guardare siempre puro su nombre...

—Ana... ¡qué feliz soy! ¡No esperaba menos de ti!...

Y ahora, dándole una soberbia sortija en la que campeaba el escudo nobiliario de los Carti, el conde la besó religiosamente la mano.

Lazlo y los suyos, extrañados de la larga entrevista del conde y la doncella, penetraron en el salón... Debían evitar cualquier intimidad entre ellos. Franz era un hombre débil y tal vez se dejara seducir por las gracias calculadas de la campesina.

Al verles entrar, el conde, dirigiéndose a ellos risueño, les explicó:

—Tengo el honor de presentaros a la futura condesa de Carti.

La más enorme sorpresa se pintó en todos los rostros. Una lividez de ira hizo palidecer a Lazlo y a su esposa... Viejo estúpido, ¡casarse a su edad! La boda significaba para ellos la pérdida de la herencia, pues muerto el conde irían a parar sus inmensas propiedades a su mujer. ¡Ah, campesina pérfida! Conocía bien el método de sacar dinero.

Pero con el arte de disimulo tan peculiar en las gentes educadas, sonrieron a Ana con amabilidad.

La muchacha estaba cohibida... Sonreía también... pareciéndole imposible haber aceptado aquella extraña proposición de matrimonio.

Víctor, el sobrino del conde, hijo de una hermana difunta, un muchacho que no contaba diez y ocho años, acercóse a Ana y la dijo en voz baja:

—¿Es verdad eso, Ana? ¿Vas a casarte con mi tío?

—Sí...

—No te olvides que en mí tienes un amigo verdadero que no desea otra cosa que servirte...

Y Víctor se cuadró ante ella con un saludo rígido de militar.

Lazlo y su mujer, apartados en un ángulo de la habitación, conversaban sobre el extraño anuncio de boda.

Franz, acercándose a Ana, le dijo:

—Me gustaría que te quedases en el castillo en calidad de huésped de honor hasta el día de nuestra boda, que será muy pronto. ¿Quieres?

—Se lo diré a mi padre... Yo no sé cómo tomará mi determinación...

—Ha de alegrarse de ella... No lo dudes... Y ahora salgamos... quiero que presencias los juegos populares...

Marcharon al parque donde la gente campesina, al apercibirse de la presencia del conde y de Ana prorrumpió en grandes aclamaciones.

—¡Viva la fiesta! ¡Vivan el rey y la reina! — aclamaban.

Y Ana, sonriente, al lado de Franz contestaba a los aplausos. Pero su alma comenzaba a vivir el tormento de la duda. ¿Por qué había aceptado al conde? ¿Es que su corazón estaba

por ventura tan libre que podía entregarse al primer postor que quisiera adquirirlo?... Y muy lejana, muy vaga, aparecía ante ella la figura delicada de Eric Kardos. ¿Por qué le atormentaba ahora el recuerdo de ese hombre?

Cuando el padre de Ana supo que el conde la había pedido por esposa, sintió una inmensa alegría, viendo desvanecerse sus dudas. Se acusaba de haber hablado mal de él... Y llegando ante el conde le dijo con humildad:

—¡Qué honor para nuestra familia, señor! Usted... un Carti... el poseedor de este glorioso título... casarse con una campesina... con mi hija Ana... Me parece que no puede ser verdad.

—¡Vamos, cálmate, Fritz! Tu hija merece una corona condal... Yo se la pongo en sus sienes...

La fiesta proseguía en todo su apogeo, y el anuncio de la boda del conde con una muchacha campesina se esparció entre la multitud que comentó favorablemente ese rasgo democrático del señor del castillo.

Lazlo y los otros parientes, muertos de odio lamentaban aquella desdichada unión matri-

monial. Todos sus proyectos se iban hacia abajo. ¡Adiós herencias amadas!

De pronto Lazlo, con un gesto de calma dijo a sus parientes:



La fiesta proseguía en todo su apogeo.

—Conozco en Budapest a un joven aventurero llamado Eric Kardos que nos servirá admirablemente. Haremos que se enamore de Ana y así Franz quedará burlado.

—Pero ella... no querrá — dijo Antonia a su esposo—. Evitará comprometerse.

—Hablas así porque no conoces a ese joven... Es un Don Juan... un formidable conquistador de mujeres... No ha hecho otra cosa en su vida... Estoy seguro de que Ana caerá rendida bajo su fascinación... Y mi hermano antes de una semana quedará desilusionado y habrá rechazado la idea del matrimonio...

—¡Oh, qué demonio debe ser ese! — exclamó Antonia—. ¡Ve a buscarlo pronto!...

—Mañana mismo partiré para Budapest.

—Ojalá podamos salvar la situación...

—Lo haremos... Pero entretanto mostrémoslos muy amables con Ana... Nada debe sospechar...

Y fueron a rodearla para decirle palabras cordiales mientras en sus almas vibraba un intenso desprecio por ella...

¡Si hubieran podido saber que Eric Kardos... conocía ya a Ana!...

**

Era Eric Kardos un Don Juan pendenciero y jugador. En Budapest teatro de sus ha-

zañas, su nombre corría de boca en boca como el de un galante caballero moderno, émulo de los aventureros que la leyenda inmortalizara.

Mujer que deseaba, mujer que sus ojos apasionados contemplaban con devoción, era ya presa cazada... Y las hembras, dominadas por el prestigio glorioso de sus amores, sentían una misteriosa inquietud al toparse frente a ese conquistador varonil.

Había tenido como nuestro Don Juan “pendencias y desafíos” y no reparaba en batirse en duelo cuando se trataba del amor de una hermosa.

A un hombre así, de esas peligrosas condiciones, iba a proponerle un proyecto su amigo Lazlo de Carti.

Lazlo había ido aquella noche a cierto cabaret de la capital donde acostumbraba Eric pasar las horas hasta el amanecer.

Aquella noche cuando Lazlo llegó al lado de Eric éste jugaba con varios amigos y al propio tiempo sostenía un animado y silencioso “flirt” con la ocupante de una de las mesas cercanas, una hermosa mujer que iba acompañada de su marido.

Sin que el esposo se diera cuenta, ella sonreía al conquistador con agrado, aturdida por las miradas apasionadas del mozo.

Llevaban ya algunas horas en ese silencioso pero insinuante teléfono, sin que el marido descubriera la combinación.

Lazlo, que había descubierto el juego de miradas, exclamó dirigiéndose a Eric:

—Siempre dirvirtiéndose con toda clase de mujeres, ¿no es eso?

Eric se echó a reír.

—Solamente hay tres clases de mujeres, queridos míos...

—¿Tres? Cuéntenos usted, maestro...

—La experiencia me lo ha enseñado... A las de primera clase no hay más que decirles: ¡Hermosa! ¡Hermosa! ¡¡Hermosa!!... Y ya caen a nuestros brazos. La segunda clase son mujeres que se ríen de todo, pero si se las conquista le adoran a uno...

Se interrumpió para sonreír otra vez a la infiel casadita...

—La tercera clase es la más difícil: sólo las seduce el amor...

—¿Y ha fracasado usted alguna vez? — le dijo Lazlo.

—Un verdadero Don Juan no fracasa nunca... Cuando una mujer es imposible, ya no intento siquiera enamorarla... la victoria es difícil... pero lo compensa al fin y al cabo la satisfacción de obtenerla...

—Para usted las mujeres constituyen un "sport"...

—Más que "sport", son mi vida... sin ellas no podría vivir... Son lo único bueno de la existencia... Si yo...

Calló repentinamente, cesó de jugar y sus ojos adquirieron un fulgor metálico. Había visto que la casadita disputaba con su marido y que éste la amenazaba brutalmente, obligándola a cambiar de puesto.

¡Ah, diablo! El fiero dueño de aquella criatura acababa de descubrir el "teléfono de sonrisas" y con una brutalidad feroz insultaba a su mujer...

Eric vió que la muchacha lloraba... que parecía desesperarse... gemir...

Se levantó de la silla.

—¿Quiere usted jugar por mí? — dijo a Lazlo entregándole un billete.

—Con mucho gusto...

Y el noble ocupó su sitio mientras Eric se dirigía hacia la mesa del matrimonio.

Continuó entretanto la partida de juego, y Lazlo, que jugaba en nombre de Eric, ganó una importante cantidad... Pero en aquel instante se escucharon gritos de espanto y una gran alteración en todos los rostros.

Eric se había dirigido a la mesa de los esposos. Y amenazando al marido le dijo:

—¿Cómo se atreve usted a hacer llorar a esa mujer? ¿Y a zarandearla de este modo? Miserable...

—¿Y es usted... quien se atreve a interrogarme? ¡Bandido!

Un sonoro bofetón cruzó el rostro de Eric. Este dió un paso atrás. Abalanzóse de nuevo contra el marido y contestó cumplidamente con un puñetazo.

—Va usted a darme ahora mismo una reparación por las armas... No contará usted mañana lo que ha hecho...

Y rápido descolgó de una panoplia dos finas

espadas y entregó una al adversario diciéndole:

—Defiéndase. ¡En guardia!...

Estaban en medio del salón, en el sitio destinado al baile...

Lazlo, después de haberse embolsado tranquilamente el dinero que había ganado en nombre de Eric, presenciaba angustiado el desafío. ¡Si mataban a Eric, adiós combinación!

Mas por fortuna Eric era tan hábil en el manejo de los corazones como en el de las armas. Su adversario no le iba a la zaga en el último punto. Hábil espadachín, sabía esquivar bien los golpes de su enemigo procurando buscarle el corazón.

Luego de varios tanteos, Eric pudo rasgar con su espada el hombro de su rival.

Este dejó caer el arma y quejándose de agudos dolores se dirigió a un rincón acompañado de su mujer que maldecía el instante en que le diera la ocurrencia de sonreír a Eric.

El dueño del establecimiento había ido en busca de la policía. Iban a entrar ya varios guardias con ánimo de detener al agresor, cuando Lazlo rogó a su amigo le siguiera.

Salieron por una puerta excusada y tomaron un automóvil.

—Le iban a detener a usted — le dijo.

—¿Por qué motivo? He herido a mi adversario en noble lid... y además creo que no ha sido nada... Un pequeño arañazo en el hombro...

Así era efectivamente: una leve herida que curaría pronto; pero Lazlo, con el ánimo de influir al joven, añadió severamente:

—Por el contrario es una herida muy seria. Usted ha de huir de Budapest... mas para ello necesitará dinero, ¿verdad?... Es una lástima que además haya perdido en el juego...

—¿Es posible? Entonces... ¿quiere usted decir que he perdido mi mano?

—No se apure, que yo puedo arreglarlo todo... Usted necesita mi ayuda y yo le necesito a usted. Podemos entendernos...

Eric miró con asombro a Lazlo... Apenas le conocía y le extrañaba ese interés repentino. Mas ahora debía confiarse a él, pues si efectivamente había herido de modo mortal a su enemigo la policía iba a perseguirle. Y él no podía atender por sí mismo a su fuga. Tenía

poco dinero y aquella noche había perdido, según le decía Lazlo, una cantidad considerable, todo cuanto puso sobre el tapete.

—Hable usted...

—Mi hermano el conde de Carti quiere casarse con una campesina...

—¡Hace bien!... ¡Las mujeres campesinas no dan nunca dolores de cabeza! — interrumpió riendo.

—Eso no lo sé. Pero no nos desviemos de nuestro asunto. Toda la familia del conde nos oponemos a que se realice ese matrimonio... Un Carti no debe unir sus destinos con una mujer del pueblo, que sólo va a apoderarse del dinero de mi hermano.

—¿Y qué papel se me reserva en el drama?

—El de protagonista. Usted puede evitar esa boda.

—¿Yo?... ¿De qué manera?

—El modo de evitarlo es que usted haga el amor a esa joven, que ella le haga caso, y que mi hermano se entere... Nosotros le pagaremos bien.

El primer pensamiento de Eric fué de ne-

garse. ¡El no comerciaba con su corazón... ni engañaba a ninguna mujer por dinero!

Pero la situación grave en que se encontraba le hizo reflexionar.

—Piénselo usted bien — siguió diciéndole Lazlo—. Esto le conviene mucho. Ganará usted el dinero que ha perdido en el juego y además nos prestará un grandísimo servicio.

—Bueno... aceptó... con una condición.

—¿Cuál?

—Que la muchacha no ha de ser fea... ni vieja.

—Por de contado... ¡Es preciosa!

Aquella noche Eric se hospedó ya en el hotel donde habitaba Lazlo y éste le entregó un cheque por algunos centenares de dólares.

El negocio resultaba encantador para el aristócrata. Todo el dinero que Lazlo entregaba a Eric procedía del que éste había ganado.

Lazlo estaba contento de sí mismo. ¡No había mejor tunante que él! Y estaba convenido además de que Eric triunfaría... Aquella Ana campesina no se libraría de la influencia fatal y amorosa del Don Juan moderno...



Al día siguiente Lazlo y Eric llegaban al castillo de Carti. Para Eric aquella aventura significaba algo nuevo y original, y como por encima de ello estaba la necesidad de reponer su bolsa, y la muchacha decían que no era despreciable, aceptó por unos días ser protagonista de una bien urdida farsa.

Lazlo le presentó a su hermano, y a los otros parientes.

—Eric es un buen amigo mío que viene a pasar aquí unos días... Yo le he invitado con tu autorización...

—Pues no faltaba más... Mi casa está siempre abierta para usted — respondió el conde Carti que desde que estaba enamorado había sentido aumentar su simpatía y cordialidad hacia todas las gentes.

El conde se despidió de su nuevo amigo y Lazlo le acompañó a la habitación que debía ocupar.

—Verá usted pronto a la joven en cuestión. Vive aquí. Es necesario que la enamore cuanto antes...

—No perderé ni un momento...

Y Eric pensó en el conde de Carti, en su aspecto de hombre confiado, bondadoso... Francamente era una mala jugada la que le iban a hacer...

El conquistador quedó en su cuarto para cambiar de traje y volver a los salones.

Lazlo hablaba en el salón con su primo Juan.

—¿Qué impresión le ha causado a usted el joven?

—Me parece que es muy peligroso. Ana está perdida...

—Déjele usted hacer. Conquistará a la campesina en un abrir y cerrar de ojos.

Y los dos hombres prosiguieron su camino hacia el jardín, comentando el acertado proyecto.

Antonia, la esposa de Lazlo, se encontraba en uno de los salones, ante una mesita. Tenía verdaderos deseos de hablar con el hombre cuya simpatía le habían pintado como irresistible. Ella era una mujer muy romántica que no había encontrado en su marido el ideal de su juventud.

Eric entraba poco después en la sala donde meditaba la sentimental Antonia.

El joven conquistador al ver allí a aquella mujer creyó que era la muchacha a quien debía enamorar. ¡Era guapita, diablo! Sería cuestión de poco tiempo el obligarla a caer en sus brazos.

Acercóse lentamente, suavemente. Antonia alzó los ojos al verle llegar. ¡Era él! Le había visto cuando llegó con Lazlo desde una ventana... ¡Qué guapo mozo!

El corazón de la casada latió con violencia. ¿Qué querría aquel héroe de amor que había sido enviado para conquistar a Ana?

Le sonrió con una sonrisa seductora... ¡Qué hombre aquél! Tenía una figura arrogante, unos ojos claros, suaves como una caricia de seda...

Al notar la sonrisa, Eric comprendió que no se había equivocado. Y tomando una de las manos de la dama y abarcando con la otra su talle, le murmuró:

—¡Hermosa!

Antonia no se desprendió de sus brazos. Le miraba y sonreía...

—¡¡Hermosa!! — repitió él con ardor.

Sin decirle nada los labios de Antonia buscaban los suyos... ¡Ay, aquel joven!

Contento por la facilidad con que llevaba a la práctica su proyecto, Eric repitió como un suspiro:

—¡¡Hermosa!!

Y besó los labios de la casada con un beso de hombre fuerte, superior...

Ella se abandonó a esa caricia fácil...

Y en aquel momento entró Lazlo... Eric interrumpió el beso y miró radiante a su amigo.

—Eh, ¿qué tal? — parecía decirle—. ¿Hago las cosas bien?

Con el rostro angustiado, congestionado Lazlo le gritó:

—¿Qué está usted haciendo, idiota? ¡Si esa señora es mi mujer!

Eric disimuló su risa. ¡Plancha! Pero a nadie le amarga un dulce...

—Perdone... yo no sabía...

—Venga usted aquí, hombre distraído... A quien usted debe enamorar es a la que está en el jardín...

Y señaló una mujer que se encontraba de espaldas, a cierta distancia del palacio.

—Voy a ella y usted perdone... Fué sin intención...

Desapareció Eric, y Lazlo miró enérgicamente a su esposa.

—¿Se puede saber qué significa esto? ¿Tú dejándote besar por Eric? ¿Estás loca?

—Te aseguro que no me dí cuenta — respondió ella procurando ocultar su turbación... Me equivoqué... Estaba tan distraída que pensé que eras tú quien me besaba...

—Pues no estoy dispuesto a tolerar tus errores. ¡Ese Eric es hombre de peligro! ¡Que enamore pronto a Ana y que se largue de aquí!

Entretanto había Eric ido al jardín. Estaba convencido de que con la novia del conde el trabajo sería coser y cantar...

Ana aparecía pensativa. Seguía de huésped en el castillo y a pesar de que todos la trataban allí como a la propietaria de aquella posesión, no acababa de ser feliz.

Se había sacrificado por la felicidad de su padre, contribuyendo a su determinación el

despecho que le causara verse traicionada por Eric; pero ahora, con la serenidad del tiempo transcurrido, comenzaba a parecerle absurda su determinación.

¿Qué había hecho? ¿Podría amar alguna vez a un hombre viejo como el conde de Carti?

Unos pasos que resonaban detrás de ella le arrancaron de sus pensamientos.

—¡Hermosa! — dijo una voz.

Era Eric que volvía a poner en práctica su procedimiento infalible.

Volvióse de repente, turbada por el eco de aquel sonido que pareció recordar.

Frente a frente los dos jóvenes quedaron casi sin poder articular palabra. ¡Tan sorprendidos estaban!

—¡Ana Karena! — murmuró al fin el muchacho con emoción.

Ella le miró arrogante, extrañada. ¡El allí! ¿Qué venía a buscar aquel hombre?

Y de repente, ante aquel inesperado encuentro, la farsa desapareció para Eric. Ana Karena había sido entre la vorágine de su vida de conquistador la única mujer que le dejara un recuerdo inolvidable... Y ahora aquella cria-

tura campesina iba a casarse con un aristócrata. Y él, Eric, por misteriosos designios del destino, era el encargado de realizar el tremendo engaño de enamorar a su antigua novia.

—¿Es posible esto? ¿Tú en esta casa? — le dijo él con voz irritada—. Tú, aquella muchacha que yo pensara demasiado buena para mí, ahora te quieres vender a un viejo conde. ¡Qué horror!

Ella, ofendida por la pregunta de su amigo, le respondió:

—Lo que yo haga de mi vida es cosa que no ha de importarte... Y, ¿se puede saber qué has venido a hacer aquí? Si piensas volver a las andadas, te equivocas... ¡Nunca más te haré caso!...

—Soy huésped del conde, Ana... ¡Cómo iba pensar en verte! Pero lo celebro... porque me dará ocasión para renovar mi amor...

—Te equivocas. Para mí has muerto...

—No es verdad. Tú no puedes amar al conde... quieres su dinero...

—¡No me insultes!...

—Y si no es al dinero al que te vendes, lo haces por odio a mí, tal vez para acallar tu

amor de novia... Y yo impediré ese casamiento...

—No podrás... Y terminemos de una vez esta conversación. No vuelvas a acercarte a mí...

Partió enfurecida pero con las lágrimas que apuntaban en sus ojos... Luego, en silencio, se dió cuenta de la situación. ¿No tendría algún motivo la presencia de Eric? Pero nada lograría de Ana ese Don Juan afortunado... Pero a pesar de todo, un cariño extraño, una atracción misteriosa, le hacían pensar en él...

También a Eric, por su parte, le preocupó aquel acontecimiento. ¿De haber sabido que se trataba de Ana antes, él no hubiese aceptado el plan! Y ¿qué hacer ahora ante el inesperado giro de las cosas?

Sólo había un camino: enamorar otra vez a Ana. La farsa de aquella conquista se convertiría en una realidad, puesto que él arrancaría de los propios brazos del conde a la mujer que había sido su novia.

—¡Ana. Karena! ¡El destino juega conmigo... y ganaré!...

Pasaron algunos días. Poca cosa había ade-

lantado Eric en la conquista de Ana. Ella se mostraba fría y reservada para con su amigo... Antonia debía ocultar sus sentimientos ante el temor de un nuevo disgusto con su marido. Únicamente a las horas de comer lanzaba alguna mirada furtiva al seductor. Y Lazlo comenzaba a impacientarse por la tardanza inexplicable en un conquistador del fuste de Eric.

El conde Franz estaba doblemente satisfecho, porque era el novio de la linda joven, y además porque tenía a sus parientes furiosos. Adivinaba en los rostros pensativos, preocupados de éstos, la melancolía que les producía el anuncio de su casamiento.

Que se fastidiasen, ¡demonio! No heredarían aquella magnífica propiedad puesto que él, el conde Franz, formaría un hogar suyo y vendrían hijos a ser los dueños de la posesión...

Una mañana, antes del almuerzo explicó a sus invitados y familiares.

—Tengo una agradable sorpresa que comunicar a todos mis parientes y que seguramente les agradará... Como regalo de boda a mi futura esposa...

Todos se miraron. Eric palideció... Cada vez que el conde pronunciaba la palabra "esposa" sentía deseos de estrangularle...

Paseando su mirada triunfal por los circunstantes, el conde acabó por decir:

—Le otorgo este documento notarial en el que consta que el castillo de Carti pasa a ser de su propiedad.

Y puso en las manos de Ana una escritura.

Ella, sonriente, se limitó a decir:

—Muchas gracias, conde...

Los parientes del conde temblaron de ira. Aquello no podía ya tolerarse. ¿En qué pensaba el recomendado de Lazlo que no ponía solución al asunto? ¿Por qué estaba, pues, allí? Pero disimulaban con la máscara de la corrección.

Ana y el conde habían salido de la estancia. Uno de los parientes gritó indignado, viendo que la herencia se les escapaba:

—Esto es un ultraje a toda la familia. Esta campesina es una intrigante a la que hay que castigar...

Lazlo se había acercado a Eric y le comunicaba con cierta frialdad enérgica:

—Siento decirle que yo le pago a usted para que haga su trabajo. Van pasando los días y no adelanta nada... No creo que hayan desaparecido sus dotes de conquistador...

—Un poquito de calma, amigo mío—respondió Eric—; tengo que hablarle.

Los dos entraron en otra habitación.

—Eric — le dijo, más conciliador, Lazlo—: tiene usted que darse prisa, pues la cosa urge. Debe usted conquistar inmediatamente a la joven.

Una sonrisa de burla iluminó el rostro de Eric.

—Bien; pero ahora el precio es mucho más alto: le costará, por lo menos, doble de lo convenido.

—¿Por qué?

—Porque sé muchas cosas...

Se había enterado, efectivamente, por una carta recibida de uno de sus amigos de Budapest; que su adversario en el duelo estaba ya restablecido, y que Lazló había ganado aquella noche en el cabaret, al sustituirle a él, una importantísima cantidad...

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Lazlo, sin comprender.

—Todavía estoy pensando en el juego aquel que usted perdió—respondió el joven, mirándole fijamente.

Palideció el aristócrata, viéndose descubierto.

—¿Ha dicho usted alguna vez a su hermano cuanto dinero ha pedido prestado para sus experimentos en el juego? ¿No sabe usted que podría denunciarle por estafador?

Violentemente, viéndose en poder de aquel hombre, Lazlo tiró del libro de cheques y extendió un talón por una cantidad considerable.

—¿Está usted ahora conforme?

—Sí—respondió él, alegremente—. ¡Ahora iremos de acuerdo!

Guardóse el talón. No le daba escrúpulo ninguno apoderarse del dinero de este hombre, pues al fin y al cabo tenía perfecto derecho a él.

Recuperaba la cantidad ganada en el juego, con sus intereses, y además reconquistaba el amor de Ana, que para él lo significaba todo...

Se alejó de Lazlo, con el pensamiento puesto en la muchacha, a la que necesitaba amar.

Al día siguiente, el Conde de Carti comunicó a sus familiares:

—Las fiestas de la vendimia se terminarán este año con una gran cacería del jabalí... Prepárense, que empezará esta noche...

Debían salir todos a media noche, para ir a la caza del esquivo animal.

Aquella tarde cuando Ana se dirigía a su habitación, salió a su encuentro en la escalera Eric Kardos.

Parándola, le dijo:

—Ana, esto no puede seguir de esta manera...

—Eric, tú no tienes derecho a hacerme reproches—respondió ella, disgustada—. No fui yo quien tuvo la culpa de que todo acabara entre nosotros.

—¿No? ¿Quién, entonces, lloró la soledad de encontrarse sin su amada?—dijo él—. Ana, te prometo que nunca he hablado tan sinceramente... Nunca es tarde para rectificar un error... Y yo no consentiré nunca que te cases con ese viejo goloso que quiere tu juventud...

Antes de que sus labios toquen los tuyos, lo harán los míos...

Y poseído de súbito furor la besó en la boca con aquel beso que había rendido la voluntad de tantas almas femeninas.



—No me hables así... te lo suplico...

Ella le rechazó:

—Déjame... déjame... voy a llamar...

—Silencio... yo te quiero... tú eres mía...

Pero el eco de la discusión había llegado

hasta la habitación contigua donde Víctor, el sobrino del Conde, estaba trabajando. El muchacho, con la generosa alma de los diez y



... la besó en la boca...

ocho años, salió al exterior y vió aún a Eric que enlazaba en sus brazos a la doncella.

Se enfureció, sintió el terrible dolor de una ofensa a su raza.

—¡Miserable!—le dijo—. ¡Es usted un mal caballero!

Ana había retrocedido hacia la pared, sorprendida por el gesto de ese niño de palidez aristocrática. Eric se echó a reír, ante la jactancia del mozo.

Victor, descolgando de una panoplia dos espadas, brindó una a Eric.

—Mientras mi tío esté ausente—dijo—, yo soy quien debe velar por los prestigios de la familia.

Burlón, cogió Eric una de las armas, y comenzó el desigual desafío. ¡Pobre Victor, si Eric se hubiese lanzado de firme!

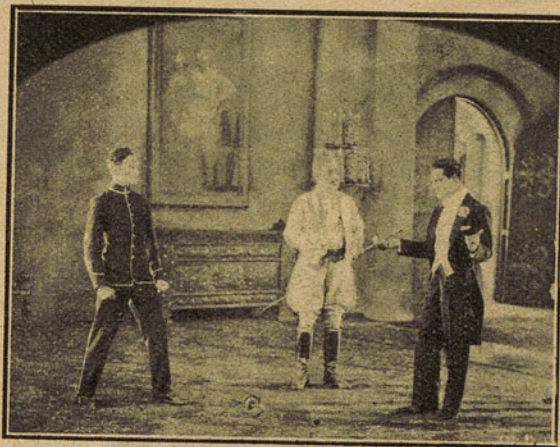
Victor se tiraba a fondo, con un ardor superior a sus diez y ocho años; pero Eric, soberbio espadachín, contenía los golpes del joven, sin ánimo de devolverlos. ¿Para qué? ¡El no combatía con una criatura!

El entrechoque de aceros había atraído a la estancia al Conde de Carti, que no podía comprender a qué obedecía el extraño combate.

Mas al fin, para acabar de una vez, Eric hizo caer la espada a su joven enemigo. El arrogante Don Juan, al ver al viejo conde, quiso darle una explicación lógica de lo ocurrido.

—No está mal, para un principiante. La próxima lección ya irá mejor...

Y sonrió, mientras aseguraba al Conde que



— *No está mal para un principiante. La próxima lección ya irá mejor...*

su sobrino prometía en el manejo de la esgrima.

Victor estuvo a punto de confesar la verdad, pero comprendiendo el dolor que embargaría a su tío, procuró vigilar discretamente la

futura actitud de Eric. Aquella vez, el duelo no se había realizado, pero, si se repetía, uno de los dos adversarios caería muerto. Así lo prometió solemne el mozo.

Más tarde, Lazlo se acercó a Eric, para preguntarle:

—¿Ha hecho usted algún progreso?

—Todavía no — respondió—. Ana es de las mujeres más difíciles que he hallado en mi vida... Pero la venceré...

—No desmaye... y que sea pronto... Tengo un proyecto... Luego se lo expondré...



Aquella noche, a primera hora, unos músicos daban para finalizar las fiestas de la vendimia un concierto popular, cerca del castillo.

Eric dirigiéndose al director de la banda, puso en sus manos la mitad de un billete y le rogó que fuese a tocar bajo un balcón del castillo.

—Le doy cien coronas por una serenata seductora; la mitad ahora... y la otra mitad si logra que la dama salga a la ventana.

—De mil amores... — dijo el director embolsándose el dinero.

Y poco después una música de magnífico aire romántico sonaba dulcemente bajo la ventana de la hermosa Ana.

Ella, que se encontraba en su cuarto, aturrida en su situación, pensando en el camino que debería seguir, asomóse a escuchar la suave y hermosa música.

Eric acercándose cautelosamente al director le entregó la otra mitad del billete y le dijo:

—Dentro de unos momentos márchense ustedes... aprisa...

Y como un nuevo Romeo subió la escalera de la gloria saltando al balcón donde estaba la muchacha.

—¿Tú? — dijo Ana, emocionada—. ¿Cómo te atreves?

Había cesado la música.

—Escúchame, Ana — murmuró él—: yo no me di cuenta de lo mucho que te quería hasta el día en que dejé de verte en Budapest... Entonces comprendí que para mí lo eras todo... Y ya que el destino ha querido

que nos uniésemos otra vez, Ana, no desoigas mi voz... Yo te quiero...

Ella callaba, emocionada... ¡Ay, aquel Eric, cómo le tenía en el alma!



— *Piensa en lo que será tu vida al lado del conde..*

—Te aseguro que no puede haber otra mujer en mi vida — le decía él, besándole las manos—. Todavía estás a tiempo; Ana... Piensa en lo que será tu vida al lado del conde... un hombre viejo que no puede comprender tu

corazón... ¿Lo has pensado bien, Ana? Tu alma necesita más... Me necesita a mí...

Parecieron escucharse cercanos, en el jardín, algunos pasos. Ana tuvo miedo.

—No puedo escucharte ahora... Si nos vieses...

—Deseo hablar contigo largo rato... Esta misma noche... Espérame en el vestíbulo cuando todos se hayan marchado... ¿Comprendes? No vayas a la cacería... Alega que estás enferma... cualquier cosa... Yo tampoco iré... ya buscaremos una excusa...

—Te aguardaré — dijo ella.

—Pero... dime una sola palabra. ¿Me quieres, Ana?

Con un suspiro respondió la infeliz:

—Sí...

Y cerró de nuevo el balcón con el temor de haber sido descubierta.

Eric estaba radiante... Sentía en su corazón un florecimiento de bondad, de infinita alegría...

Poco después, ya en la casa, vió a Lazlo que se acercaba a él y le decía satisfecho.

—¡Bravo! Lo he oído todo, el plan está muy bien combinado.

Sintió Eric deseos de pegar a aquel antipático sujeto... Pero... casi... casi debía estarle agradecido... Por su mediación, él recuperaría el amor de Ana, derrotando al conde.

—Concretemos el plan — continuó diciendo el aristócrata—. Esta noche a las once estará usted con Ana en el vestíbulo... Yo habré indicado algo a mi hermano... Cuando usted esté preparado para dejarse sorprender, apaga las luces de la habitación y esta será la señal para que nosotros entremos.

—Muy bien combinado — dijo él—. Lo haremos así...

—¡Y cómo nos reiremos todos cuando veamos a esa campesina ambiciosa ser arrojada por el conde de este castillo sin contemplaciones!

Eric sonrió con una sonrisa fría, y saludando cortésmente a Lazlo marchó a su habitación.

Algo más tarde, en el comedor, Lazlo explicaba a su primo Juan el proyecto para aquella noche... Víctor, que estaba leyendo al pare-

cer atentamente un periódico, no perdía palabra de la conversación.

—La trampa está bien preparada para esta noche. Ana caerá en ella... Eric la comprometerá... No en balde le he pagado yo dinero para que me sirva.

Un gesto de Juan le contuvo. ¡Cuidado! Víctor parecía escuchar.

El muchacho adivinó algo terrible en aquellas palabras. Era necesario advertir a Ana, comunicarle lo que todo aquel puñado de miserables tramaban contra su honor.

Unas horas después, el conde de Carti decía con gesto contrariado a sus amigos:

—Ana tiene jaqueca, no puede venir a la cacería...

Lazlo sonrió... ¡Admirable Ana! Habría ya comunicado a su marido la "extraña jaqueca", necesaria para su cita con Eric. Y con perversa intención, dijo a su hermano, dispuesto a preparar las cosas para el desenlace definitivo:

—Mi querido hermano... no lo tomes a mal... Ya sabes cómo son las mujeres...

—¿Qué quieres decir?

—¿No te parece que eso de la jaqueca es sólo un pretexto?

La frente del conde se contrajo en arrugas sombrías. Qué osaban siquiera indicar? Ana, la mujer que él adoraba, estaba limpia de toda sospecha. Pero... ¡ay! la duda... la terrible espina de la duda...

—Tal vez Ana hubiera tenido en su pasado algún amor... — siguió diciendo Lazlo.

—¡Oh, cállate hermano! No me enloquezcas con esas palabras. Yo mismo se lo preguntaré a ella...

—No es ese el camino — respondió Lazlo conciliador—. Vale más no hacer nada y la verdad saldrá por sí misma...

En aquel instante llegó, con una sonrisa de suave felicidad en el rostro, Eric Kardos.

—¿Qué? ¿Preparado ya para la excursión de esta noche? — le dijo el conde.

Eric se inclinó respetuosamente.

—Doy las más expresivas gracias a Su Señoría, pero matar por sport no es cosa que me agrade — respondió Eric con una fina sonrisa.

Las miradas del conde y de Lazlo se cruza-

ron... Sobre la frente del primero marcóse una honda arruga vertical... Sospechaba... ¿No era extraña la ausencia de los dos jóvenes de la cacería?... El sabría aquella misma noche la verdad...

Un gesto casi imperceptible de Lazlo le obligó a tener calma.



Poco después, el joven y fiel Víctor llamaba enfurecido a la habitación de Ana.

—Ana — le dijo—. Eric es un impostor, es tu enemigo...

La muchacha le miró sin comprender...

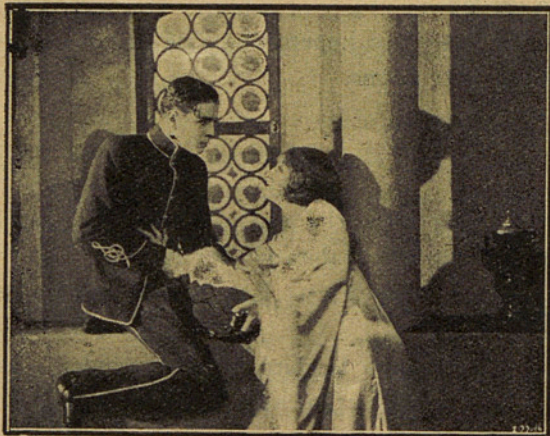
—¿Por qué? ¿Qué sucede, Víctor?

—Sé positivamente que le han pagado para que te haga el amor y no se efectúe tu boda con el conde... Quieren sorprenderte esta noche con Eric... para que el conde se entere de todo... ¡Eric es un miserable!

—¡Oh, no puedo creerlo!... ¡Es imposible! ¡Esto no es verdad! — gimió la criatura.

—Es verdad... Yo lo he escuchado de los labios de Lazlo... Y por Díos, Ana, por lo

que más quieras... líbrate de ese hombre... La cacería del jabalí es lo de menos; lo que quieren es cazarte a ti esta noche.



—Eric es un impostor, es tu enemigo.

Alguien llamaba en aquel instante a la puerta. Era Eric que venía a advertir a la joven del peligro que corría si iban al vestíbulo... El amaba a Ana y deseaba huir con ella, pero sin escándalo, sin servir de juguete a los torpes proyectos del ambicioso Lazlo.

Ana le franqueó la puerta y miró con repugnancia y odio al que creía la había engañado por segunda vez.

—¡Ah, usted aquí! ¿Viene por ella, verdad? — gritó exaltado, Víctor—. Pues va a pagar bien cara su maldad.

Y sacó un revólver del bolsillo y quiso disparar contra Eric, que sin comprender los motivos de la agresión le miraba tranquilamente.

Ana le arrebató el revólver y guardándolo dijo al muchacho:

—¡Márchate, Víctor, te lo ruego! Tú has sido siempre un amigo de verdad...

Refunfuñando el mozo salió y quedaron frente a frente ella y Eric.

—Ana... debemos huir — murmuró —: quieren cogernos para su venganza...

—¡Ah, miserable! ¿Y aún tienes valor para defenderte? ¡Márchate pronto!... ¡No quiero saber nada de ti!...

Empuñó el revólver; parecía próxima a disparar.

—Mátame si quieres — dijo él.

Pero sin valor para disparar volvió Ana a dejar el arma.

—Ana, no seas así; ¿quieres destruir nuestra felicidad porque he sido hasta ahora un alocado? No me rechaces, pues reconozco mis errores y malandanzas.

—¿Pero te imaginas que puedo quererte, después que sé que estás complicado en un plan para perderme?... — gritó ella, arrebatada de pena—. Conozco todo lo que se ha tramado, no hablemos más...

Eric la miró con honda sorpresa. ¿Cómo había podido ella descubrir el complot?

—¿Te ruego que dejes contarme... Venía precisamente a hablarte de esto...

—¡Sal de aquí! ¡Ni una palabra más! ¡Basta de farsa!

Le amenazaba tan duramente, con tal furor, que Eric abatido salió del cuarto... Se sentía desconsolado, vencido... ¿Qué habría pensado, pues, Ana de él? ¿En qué concepto tan bajo le tendría? Y sin embargo, si había seguido el plan de Lazlo era únicamente porque amaba a Ana y la quería librar de la influencia del conde.

Bajó abatido las escaleras hacia el vestíbulo...

En el jardín, Lazlo, su primo y el conde aguardaban... El primero había dicho a su hermano que aquella noche sorprenderían a Ana con su amante. Estaba seguro de ello, podría convencerse con sus propios ojos de la infidelidad.

Eric paseaba por el vestíbulo, pensando nerviosamente en el plan que debía seguir para apoderarse de Ana.

Oyó pasos detrás de él... Era Antonia, que ignorante de todo aquello se dirigía al jardín a reunirse con su marido para marchar con la comitiva a la cacería anunciada.

Al ver solo a Eric, el hombre a quien ella en sus entusiasmos de romántica adoraba, cuyo beso no había podido olvidar todavía, sintió una agradable impresión.

—¿Usted aquí? — le dijo Antonia—. ¡Qué casualidad! ¡Cuánto me alegro de encontrarle solo!...

Eric contempló indiferente a la esposa del aristócrata. ¿Por qué venía a importunar ahora sus meditaciones?

Antonia sentóse en una silla y con voz cariñosa le dijo:

—¡Qué suerte tiene la pequeña campesina!... Usted hace el amor de una manera tan deliciosa...

Hablaba con tal insinuación que Eric, conocedor rápido de los temperamentos femeninos, comprendió que aquello era una pera en dulce... Acercóse y le dijo suavemente:

—¡Antonia!...

Y un pensamiento rápido y audaz brotó como una chispa en su imaginación. ¡Oh, la sabrosa venganza! ¡Oh, la burla contra Lazlo!

—¡Antonia! — repitió, sonriente.

Y apagando la luz, la besó y abrazó largo rato...

En el jardín, al ver que el vestíbulo había quedado a oscuras, Lazlo dijo a su hermano con ademán triunfal:

—Vamos a sorprenderles...

Un minuto después, el conde, livido y furioso, encendía la luz del vestíbulo. Vió a una pareja que se levantaba aturdida. ¡Ah, los miserables!... Avanzó... y una sorpresa enorme paralizó a todos... y puso en los ojos de Lazlo... una mueca de horror...

¡Su mujer con Eric! ¡Antonia, su esposa,

con el temible conquistador! ¡Y Ana, entonces! ¿Qué burla tan enorme era aquella?

Acercóse a su mujer y pretendió pegarla.

—¡Maldita! ¡Ya me las pagarás todas! ¿Qué haces aquí? — gritó Lazlo desesperado.

—Señores — dijo el conde de Carti que había cambiado su expresión furiosa por una mueca de risa, al ver en tan ridícula situación a su hermano—. ¿Qué significa todo esto?

Y sonreía al pensar que Ana era inocente y que el único desgraciado era Lazlo.

—Sencillamente—explicó con calma Eric—, que ha fracasado la trampa que le preparaba su hermano de usted...

Antonia, anonadada, estaba en un rincón sufriendo los reproches de su marido.

Una mujer entró en aquel momento en la habitación. Era Ana, que había tomado la determinación de marcharse después de lo ocurrido. No quería al conde, no podía engañarle casándose con él, pero habiendo sido traicionada por Eric, según ella creía, se iba de nuevo a casa de su padre.

Devolvió al conde con triste expresión el anillo de boda y el documento notarial...

—Tenga usted — dijo—; me voy a casa de mi padre... Yo no puedo prestarme a combinaciones indignas... Yo soy muy leal, señor conde; pensé poder amarle... pero no puedo...

Carti, sorprendido por la inesperada actitud, gritó impidiendo que ella saliese:

—No comprendo lo que ocurre aquí esta noche... ¿Por qué te vas? Eric ¿qué trampa es esa de que usted me hablaba?

Ana pareció ir a decir algo, explicar su determinación. Pero Eric la contuvo. Y lanzando una mirada de desdén a Lazlo y a su mujer, narró todo el complot que se tramaba para impedir el casamiento del conde y mostró los cheques que le había dado Lazlo.

—Pregúntele usted lo que significan esos cheques — dijo—. El me los dió para que le hiciese el amor a Ana... Yo vine aquí completamente equivocado sin saber que Ana había sido novia mía en Budapest... Ella es la única mujer a quien amo... y es por eso que he procurado evitar que se casase con usted... Pero nunca por medio de combinaciones infames...

Luego explicó por qué le habían encontrado con Antonia. La combinación había fallado a

Lazlo. Cuando éste pensaba sorprenderle con Ana, Eric se aprovechaba de su última conquista para hacerle caer en el mayor de los ridículos.

Lazlo no intentó defenderse; estaba anonadado por el fracaso de su proyecto. ¡Ah, su mujer! ¡Le ajustaría las cuentas! ¡Engañarle de aquel modo!

Y Antonia, con los ojos bajos, sentía el rubor de la acusación.

El conde contempló a su hermano con repugnancia y viendo los cheques acusadores le dijo:

—Márchate de aquí y llévate a tu mujer y a Juan... Este castillo queda cerrado para vosotros por toda la vida... ¡No volváis nunca más!...

Y Lazlo, su mujer y el primo Juan salieron rápidamente, avergonzados... Sobre el dolor de su fracaso llevaba Lazlo el terrible ridículo de la infidelidad de la esposa. Antonia le siguió humillada. ¡También ella había sido víctima de un engaño! Lazlo pensó pedir el divorcio cuanto antes.

Y ya con Ana y Eric, el conde comprendiendo que era el amor lo que unía aquellos corazones juveniles, quiso sacrificarse. Vió en los ojos de los dos una luz de felicidad...

—Ana, ¿es verdad lo que ha dicho Eric? ¿Tú le quieres a él? ¿Tú le has amado antes?

Ella vaciló, sin atreverse a responder... Pero no era posible ya la duda después de las explicaciones dadas por Eric. Este se había prestado a la comedia porque la amaba. Y el cariño de antes volvía a surgir avasallador.

—Siento causarle esa pena, señor conde... Pero es verdad: mi corazón no está libre hace mucho tiempo.

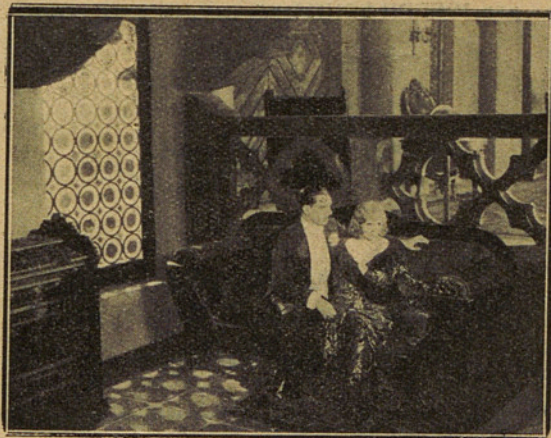
Hubo un silencio. Lo interrumpió el conde para decir con voz grave:

—Renuncio a Ana... Es inútil combatir cuando el amor no existe — les dijo—. Comprendo que lucho con desventaja. ¡Mis riquezas no valen lo que el amor de ustedes! ¡Estoy vencido!

Y les dejó solos para ir en busca de su sobrino predilecto, de Víctor, que sería el heredero legítimo de la familia... Sentía perder a

la mujer que amaba, a la única... ¡Pero era imposible defenderse!

Y Ana perdonó, al fin, y Eric besó, encanta-



Y Ana perdonó...

do, los labios de aquella muchacha, que era su conquista, pero la definitiva, la que para siempre se apoderaba de su corazón.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

EL JOVEN PRÍNCIPE

por JOSEPH SCHILDKRAUT, BESSIE LOVE
ETC.

Postal-fotografía-regalo:
DOROTHY SEBASTIAN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

¡MUY PRONTO!

CASANOVA, EL GALANTE AVENTURERO

EDICIONES ESPECIALES
de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

**Pida
detalles
a**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA